



# De nombres propios y otras palabrotas

por Gabriel Martínez Meave

**¿Q**ué es un nombre? Apenas unas sílabas que le imponen a uno a los pocos días de nacido. Esos sonidos vienen clasificados normalmente en “nombres de pila”, “apellidos” y “apodos”. Estos últimos son opcionales y son donde quizá podemos ejercer algo de creatividad propia. Pero las dos primeras categorías nos son otorgadas sin que se nos dé a escoger, siendo por una cantidad indefinida de años el nombre que nuestros huesos llevarán sobre la Tierra. Pero estos sonidos no somos nosotros. La complejidad de una persona, de un ser, supera infinitamente su nombre.

En realidad, los nombres podrían ser cualquier cosa. Piénsese en los extraños nombres precolombinos como Uno-Caña o Siete-Movimiento, o nombres actuales que vienen de las más fuentes más inesperadas: Dolores, Martirio o Sagrario; o incluso esos que, viniendo de otro idioma, significan las cosas más risibles: Cecilia (“cieguita” en latín), Greta (“despreciable”, en italiano), Claudia (“coja” en latín), y muchos otros más. Y esto por no hablar de los apellidos, que además tienen la desventaja de que uno no los puede cambiar legalmente. Nada más hay que paladear éstos: Chaparro, Malacara, Calvo, Delano, Vaca, Malo, además de tantos otros que pululan por ahí, que en conjunción con sus nombres dan compuestos todavía más risibles: Claudio Chaparro Calvo, Dolores Delano, y otros más que el buen gusto y la decencia no me permiten mencionar, a riesgo de violentar la delicada sensibilidad de mis (improbables) lectores.

Yo tengo la suerte, buena o mala, de cargar sobre mis hombros un apellido muy común (Martínez) y otro poco común (Meave). Esto ha dado lugar a ciertos hechos curiosos en los años que llevo de vida, empezando por que el primer apellido tiende a ser fácilmente olvidado y confundido, mientras el segundo tiende a ser recordado, pero nunca fielmente, sino en increíbles, grotescas mutaciones y perversas asociaciones.

Estando en Primaria y Secundaria, mi segundo apellido sobrepesó al primero a tal grado que a mi padre le decían Sr. Meave, y este apellido

llegó a figurar en casi todas las invitaciones y listas en las que se hallaba implicada mi familia (la familia “Meave”). Para la gran mayoría de mis compañeros yo era simplemente “Meave”, con sus alarmantes variaciones “Mearde”, “Meavergüenzo”, “Miavestruz”, “Meado”, “Meabre”, y otras menos ingeniosas pero más odiosas.

Al ir creciendo, por la fuerza de la simplificación o de la simple hueva, el apellido Martínez fue poco a poco ganando terreno. Tratando de evitar la labor siempre ingrata de deletrear “Me-a-ve” para que la gente no lo confundiera con “Meade” o “Maeva” (nunca ha faltado quien me diga si tengo algo que ver con el famoso hotel de Manzanillo, el Club Maeva), opté por responder con un plano y estándar “Gabriel Martínez” a quién preguntara por mi nombre.

Esto llevó a otras complicaciones, no menos curiosas. De entrada, me dí cuenta que, si bien los Gabrieles Martínez no rivalizan con las pululantes poblaciones de Juanes Pérez o Marías López, sí constituyen un contingente de varios cientos, quizá miles, de individuos. La prueba más contundente –y aterradora– que pude tener de esto fue cuando a los dieciocho años, en el sorteo del Servicio Militar Mexicano –donde cinco o seis millares de rapados naucalpenses se reúnen en la plaza del Palacio Municipal para oír quién tiene que marchar con la milicia y quién no– me nombraron varias veces con diferentes resultados. Total que no me quedó claro si me tenía que enrolar o no, y tuve que esperar una incómoda semana a que el resultado final apareciera sellado en mi cartilla. (Afortunadamente no marché, y los militares se contentaron con tenerme doce horas parado en el sol, con la obligación de cuadrarme ante el sargento cada vez que aparecía, hasta que se dignaron darme mi cartillita liberada.)

El asunto es que después de esta incómoda experiencia, en la que me dí cuenta que tan sólo en un municipio de uno de los treinta y un estados del país podía yo contar con diez homónimos por lo menos, decidí empezar a usar mis dos apellidos –Martínez Meave– para evitar ser confundido con otro pelao.

Esta decisión se vió reforzada cuando entré a la Universidad a estudiar Diseño Gráfico, donde pude enterarme de la existencia paralela de otros Gabrieles Martínez (alguno, de limítrofes aficiones sexuales; otro, diseñador como yo; uno más, aspirante imposible a cantante; otro más, insípido estudiante de Medicina), con quienes nunca intimé, gracias a Dios.

Así que me convertí finalmente en Gabriel Martínez Meave, lo cual no trajo sino más complicaciones. De entrada, pasé a pertenecer a esa extraña raza de criaturas con apellido doble, que oscilan entre la prosapia rancia, la ridiculez fresca y la simple necesidad de no ser confundido (y que tanto abundan en nuestro hispánico orbe): López-Morton, Gómez-Cruz, Sánchez-Navarro, López-Negrete, Gutiérrez-Nájera, López-Velarde, Martínez-Del Río, Martínez-Estrada, Barrios-Gómez, García-Ascot, Gutiérrez-Vivó, Ramírez-Vázquez, Rodríguez-Monegal, Sánchez-Azuara, Ruiz-Cortines, López-Castro, López-Tarso, López-Mateos, López-Portillo,

López-Obrador, López-Dóriga, López-Caste, López-Carás y muchos otros menos célebres y más plebeyos, como su servidor.

Además, entré en un género nuevo y literario de la confusión. Ya he perdido la cuenta de las veces que me han dicho “Gabriel García Meave” (ser tocayo del gran Gabo, insigne miembro de la tribu de los doblenombres, me ha colocado en el tembloroso honor de ser su casi homónimo). Por supuesto, también me han llamado Gabriel Hernández Meave, Gabriel Ramírez Meave, Gabriel Rodríguez Meave y hasta Gabriel Gutiérrez Meave, ya que no sé por qué diablos a cierta gente le parece indistinto referirse a uno con estos apellidos, no importando que sean diferentes, aunque sean corrientes. Ya me imagino cómo se pondría Carlos V si le hubieran dicho Tudor, o Luis XIV si le hubieran dicho Hohenzollern, o Clinton si le dijeran Bush; o para acabar pronto, si a López Portillo le hubieran dicho Gómez Portillo... En efecto, le dan ganas a uno de arrancar la estúpida cabeza de quien cree que el apellido de uno, por ser común, es intercambiable.

No hace falta detallar aquí, además, las eternas discusiones que he tenido para créditos de autor, fichas y directorios de todo tipo donde se me exige usar –por política, por estilo, por que sí– un solo apellido. Afortunadamente, a pesar de las malas caras, en general me he salido con la mía: Martínez Meave. Y esto sin mencionar las tarjetas de crédito internacionales, documentos extranjeros y reservaciones de aviones y hoteles en inglés, donde, a falta de espacios para un segundo apellido, universalmente soy conocido como Gabriel M. Meave, lo cual lleva a que, en el extranjero, oficialmente me han llamado Mr. Meave, Herr Meave, Meavesan o incluso Madame Meave. (Más detalles de este extraño suceso más adelante.)

El hecho es que mi curioso y plebeyo nombre no deja de involucrarme en situaciones anómalas. Por ejemplo, tuve un buen amigo judío durante mis años universitarios con el cual, por diversas razones entre las que se incluye el azar, conviví con la comunidad israelita de la capital. En varias ocasiones me sucedió que, al preguntarme cuál era mi nombre, a algunos se les iluminaba la mirada al contestarles “Gabriel” (para quien no sepa, Gabriel es un nombre relativamente común en la comunidad judía), pero se les arrugaba la nariz al decirles “Martínez”, y para cuando les decía “Meave” el paisano o paisana en cuestión ya estaba a varios metros de distancia. Si se me hubiera ocurrido decir “Fleischmann”, “Cohen” o “Zimmermann” probablemente ahora sería violinista, prestamista, sionista o hasta cabalista...

Además, mi nombre raro, Meave, me sigue donando sorpresas. Entre ellas, la presencia de una calle y un tianguis electrónico de dudosa legalidad en el Centro Histórico de la Ciudad de México, la calle Meave y la plaza Meave para ser preciso. No ha faltado el latoso que pregunte si yo soy dueño, asociado o capo de ese inundo laberinto de puestos, o si algún familiar mío tiene que ver con la fayuca y el contrabando...

Pocos saben, en realidad, que la plaza se llama así por la calle, y que

la calle se llama así porque ahí se ubica el antiguo Colegio de las Vizcaínas, fundado por un vetusto ancestro mío –el vizcaíno Don Ambrosio de Meave, me parece– allá por los mil seiscientos y cacho (de hecho, me parece que Meave es un antiguo nombre de cierto barrio de la ciudad de Bilbao). Durante muchos años el prestigiado colegio cayó en desgracia y los cuartos que daban a la calle se rentaron como pequeños burdeles con aparador. Afortunadamente, esto ya no coincidió con mi tiempo de vida, evitándome, alabado sea Dios, que mi apellido también se ligara a la trata de blancas...

No menos estrambótica, y más chistosa, es una anécdota que me contó una tía, también Meave. Resulta que un doctor conocido de ella, apellidado Bermeo, hace algún tiempo tuvo la ocurrencia –el descaro– de comentarle:

—¿Sabe, Ednita, que su apellido y el mío son iguales?

Mí tía, sorprendida, le preguntó por qué:

—Pues porque yo, al “ver”, “meo”; y usted, mientras “mea”, “vé”.

Semejante demostración de refinamiento patanesco no merece caer en el olvido, así que la consigno aquí para el solaz de quienes leen estas líneas.

El asunto se complica aún más si se toma en cuenta que tengo una simpática prima de mi misma edad que lleva por nombre Gabriela Meave, mi homónima con a, con el inevitable resultado de que varios latosos han intentado relacionarnos burlescamente con esa grotesca telenovela de los ochenta “Gabriel y Gabriela”, en la cual la protagonista, Ana Martín (¿será acaso Martínez su verdadero apellido?), se hacía pasar por hombre, o viceversa, no me acuerdo. Lo cual trae a mi memoria una experiencia que no puedo calificar más que de surrealista, que me ocurrió en París en el verano de 1995 y que tuvo como protagonista no el primero ni el segundo de mis apellidos, sino mi mismísimo nombre de pila, Gabriel.

Resulta que, en viaje con unos amigos por Europa, decidí quedarme unos días extra en París, con la idea de explorar la ciudad por mi cuenta (y riesgo), ya que mis compañeros debían regresar a México al día siguiente después de apenas unas horas en la Ciudad Luz. En fin, me avoqué a conseguir un hotel por teléfono, en un francés que no era ni malo ni bueno, sino inexistente. Después de varios intentos fallidos, con ayuda de un inglés de colegial y de un acento inspirado por el Inspector de la Pantera Rosa, pude al fin concretar una reservación en un modesto hotel situado cerca de la Place de la République. El empleado de recepción, de voz bastante amable, me preguntó a nombre de quién debería hacer la reservación. “Gabriel Martínez”, respondí. Mi quijada pegó contra la bocina del teléfono cuando oí del otro lado: “Oui, madame”, vôte reservation est accomplié, your reservation is done”. En el mejor anglo-francés que pude traté de aclararle que no se trataba de una “madame” sino de un “monsieur”. Pero por más que lo intenté, no logré hacerle entender que mi género no era el femenino. El empleado seguía refiriéndose a mí como

“Madame Gabrielle” y por más que engrosé la voz para demostrar mi virilidad, tuve que finalizar mi llamada sin convencerlo. Al día siguiente, pensé, el fulano tendría la ocasión de verme cara a cara y comprobar que, a pesar de mi corta estatura y mis greñas de Lennon, era un hombre hecho y derecho con todos los atributos del género. Entonces caí en la cuenta de que, para un francés, el nombre “Gabriel” puede resultar algo ambiguo, a diferencia de nombres como Antoine, con el claro femenino Antoinette.

En fin, al día siguiente me presenté en el hotel, donde el empleado afro-francés del mostrador, al verme, de inmediato dijo: “Bienvenue, madame Gabrielle, we were expecting you”. Reconocí su voz: era el tipo del teléfono. En vano le hablé fuerte y recio y grave; en vano pateé el piso; en vano le mostré mi barba de dos semanas; en vano le hice ver que no tenía pechos ni faldas: el sujeto me siguió llamando “madame Gabrielle” hasta el mismísimo momento de dejar mis maletas en la habitación y cerrar la puerta tras él. No nada más eso, sino que en los días siguientes fui tratado todo el tiempo de “madame” en el hotel, hasta el mismo momento del “check out” (eso sí, con magnífica cortesía). Traté de ver si estaba siendo yo objeto de una pesada broma, pero no, me parece que el fulano simplemente se negaba a aceptar que alguien llamado algo así como “Gabriela” (en francés) pudiera ser hombre...

No me extenderé aquí en otras extrañas circunstancias a las que me ha llevado de mi nombre de pila, que ameritarían un texto aparte para narrarlas. Sea suficiente declarar que llevo años topándome con incómodas mutaciones del mismo, entre las cuales sobresale “Grabiél”. No entiendo cómo es que se da esta pronunciación defectuosa por todos lados. Además, mi suegra me sigue llamando “Rabiél”, por razones que no puedo —ni debo— contar aquí. Por si esto fuera poco, la impertinente sombra del Divo de Juárez, que permea todo México, hace que muchos odiosos insistan en ponerle “Juan” por delante a mi nombre, y a suponer que todos los Gabrieles tenemos los mismos gustos... Más aceptable es aquél amigo que, en un arrebato progresivo, le antepuso “Peter” a mi nombre, ligándolo inmerecidamente al del insigne ex-vocalista de Génesis, del que fui alguna vez *fan* (aunque el compuesto Peter Gabriel Martínez no es completamente de mi agrado).

En vista de todo esto, quizá mi segundo nombre es el más sereno, el menos complicado, el más seguro. El más desconocido, también. ¿Me atreveré a decir que también me llamo Eduardo? Pues sí, mi nombre completo es Gabriel Eduardo Martínez Meave. No hace falta que me recuerden que suena a nombre de galán chafa de telenovela, típico pedante de doble apellido y además, doble nombre...

El hecho es que nunca podré decir, con todo el desparpajo y estilo del 007, “my name is Bond, James Bond”. He de aceptar que tengo un nombre complicado; dos veces doble; común y raro a la vez; con fuertes asociaciones andróginas, hoteleras, urinarias, fayuqueras, judaizantes y telenovelescas; que se puede simplificar hasta perder la identidad o com-

plicar hasta la ridiculez. Jamás tendré la recordabilidad de un Porfirio Díaz, un Sherlock Holmes o un Alejandro Magno, o la sobria simplicidad de un Platón, un Mao o un César; ni el abolengo de un Lascuráin, un Azcárraga, un Borbón, un Habsburgo, un Kennedy o un Bouvier; ni siquiera el honesto plebeyismo de un Juan Pérez.

Una cosa me queda de consuelo: Gabriel, en hebreo, quiere decir “Poder de Dios”. Así que lo mejor que puedo hacer es tomar mi pluma flamígera y declarar, con voz estentórea y lo más grave posible, que los arcángeles no tenemos apellido. ¡Amén! ☺